Cultura Vasca

Humberto Astibia Aierra. Sopela

Modificado del articulo publicado en
Diario de Noticias, *Egin* y *Deia* (abril y mayo de 1999).

Puede plantearse que la cultura surge en el Cosmos cuando la materia adquiere consciencia de sí misma. Esto ha podido ocurrir en muchos lugares del Universo (o los universos). Intuímos las dimensiones de un sistema cultural universal, pero sus propiedades emergentes son todavía difíciles de imaginar. Los sistemas se generan a partir de otros sistemas menores, y no hay cultura universal o local sin sistemas culturales en niveles más bajos de organización. Una cultura global no surge de la nada. Por ésto, el discurso de ciertos "universalistas" en Euskal Herria es perverso y/o carece de suficiente reflexión previa.

Los pueblos libres, o con vocación decidida de serlo, tratan de mantener sistemas culturales abiertos. Estos, en la medida que incorporan -más que sustituyen- elementos de otras culturas, se fortalecen sinérgicamente, adquiriendo voz propia y engarzándose en el resto de las redes culturales del entorno. Por el contrario, los pueblos sometidos sufren un trágico proceso de repliegue cultural, centrado en una búsqueda y exhibición de elementos que se consideran propios y a veces se llegan a sublimar. La estrategia perfectamente orquestada del opresor se suele traducir en la marginación, a menudo ejecutada por un oprimido aculturizado e incluso autofóbico, de numerosos aspectos de su cultura que, con frecuencia, pasan a formar parte del acervo cultural del atacante, nacionalista pantagruélico que se encarga de engullir y recuperar todo lo que encuentra en su movimiento expansionista.

El tratamiento reduccionista de la cultura y del patrimonio, tan común y favorecido malintencionadamente por estos lares, lleva al erróneo proceder de considerar a estos como una suma de elementos, cuando lo esencial no son las partes sino sus relaciones mutuas en la red cultural (visión sistémica). El enfoque reduccionista convierte al dominado en presa fácil de los "intelectuales" al servicio del poder, que se ceban en la simple labor de demostrar lo falso, o bien lo común al resto de los pueblos, de ciertos elementos enarbolados como estandartes de esa "inexistente" cultura oprimida. El ataque puede generar en el defensor serias dudas de identidad -cuando no una integración en la cultura opresora- y una búsqueda obsesiva y frustrante de lo propio, ignorando que esto no debe sinonimizarse con lo exclusivo.

La pluralidad es una propiedad inherente a toda cultura, pero el discurso sobre la misma puede ser falaz. Las culturas fagocitarias suelen disfrazar con apelativos como pluralidad, mestizaje cultural y universalidad -también con los de paz y normalización- la imposición violenta de su cultura sobre la dominada. Tras la apropiación de numerosos aspectos de la misma, la cultura minorizada es presentada tan sólo como un componente y no como verdadera raíz de la pluralidad local, en un discurso - pilar argumental del nacionalismo español disfrazado de "navarrismo", "navarridad" o "progresismo" en la C.F.N.- tan insostenible como por desgracia frecuentemente eficaz.

Por tanto, al considerar las culturas es fácil caer en imágenes fijas sobre las mismas que banalizan y enmascaran su variabilidad intrínseca. Con el tópico se sustituye el todo por la parte. Por lo general, ni siquiera la parte es real, sino tan sólo un boceto deformado. Ningún pueblo escapa en mayor o menor medida a estos clichés y los vascos arrastramos la carga de un estereotipo recurrente, atlanticista y arcaizante, que de manera irreflexiva parece ser motivo de orgullo para más de uno. El imperialismo se ha encargado de magnificar la caricatura, además de proyectar internacionalmente sobre los vascos una injuriante imagen de violentos, con la que se ceban a todas horas desde sus omnipresentes medios de "información".

Pero debemos ser autocríticos. A la primera imagen de nuestra cultura también ha contribuído la interpretación literal y descontextualizada de obras de apologistas de siglos pasados como

Garibay, Poza o Larramendi; igualmente el nacionalismo vasco tradicional, por otro lado exportador poco exitoso desde el Occidente cantábrico al resto de Euskal Herria -mayoritariamente mediterráneo- de patrones culturales en parte ajenos al mismo. La labor de reconocidos etnólogos y antropólogos ha sido importante pero no está exenta, como es normal, de sombras. Centrados en las zonas actualmente vascófonas del país, casi se han olvidado del resto, generalizando conclusiones parciales y contribuyendo de manera involuntaria a la creación de una especie de gradiente de vasquidad, desde el baserri al medio urbano y desde el húmedo Norte a las áreas más áridas y meridionales de un ámbito geográfico vasco convencional. La imagen fija de lo vasco se ve favorecida por quienes, interpretando a su manera las importantes investigaciones que antropogenéticos de prestigio han realizado sobre las poblaciones vascas y sus orígenes, se empeñan en presentar nuestra cultura actual casi como paleolítica en el contexto geopolítico occidental.

Sin embargo, la cultura vasca corresponde a un pueblo tractor, adaptable y, desde hace milenios, urbano, industrial y comerciante; matriz de personas audaces y algunos pensadores vanguardistas. Ello no quita que algunos de sus rasgos esenciales sean probablemente muy antiguos; sobre todo los relacionados con su alta consideración de la libertad individual, el igualitarismo y la cooperación comunitaria. El mantenimiento y exportación de estos valores y sus múltiples expresiones sociales, económicas y políticas, “redescubiertos” más tarde por otras sociedades occidentales, debería ser una preocupación nacional en nuestro pueblo. Además, la cultura de los vascos es euroasiática y americana. Los vascos de América o Australia no son menos vascos que quienes vivimos en el Suroeste de Europa. Al igual que otros pueblos -judíos, armenios o irlandeses, por poner ejemplos relevantes- debemos ser conscientes de las dimensiones reales de nuestra cultura y actuar en consecuencia.

En las sociedades más o menos normalizadas se tiende a establecer una relación directa entre lengua y cultura. No puede ser este el caso de Euskal Herria, que sufre todavía un violento proceso de sustitución lingüística. Pero las maneras de plantear una relación individual y colectiva con el entorno -las culturas- pueden arrastrar una inercia mayor que los modos de hablar, aunque estos constituyan la manifestación más aparente en la diagnosis de los grupos humanos. Por otro lado, en una situación de sometimiento la cultura dominante es omnipresente, con múltiples vectores de transmisión, incluidos -incluso, a veces, favorecidos- los de las lenguas oprimidas. El camino de la defensa y cambio cultural debe ser restaurador y expansivo, debiendo integrar cuantos elementos de otros ámbitos creamos convenientes y, desde luego, recuperar o relacionar, no ceder, todos aquellos que, mucho más allá de la visión estereotipada y estrecha que con frecuencia se nos trasmite de nuestra cultura, puedan ser, de alguna manera, también propios o cercanos.

El latín ha evolucionado en distintas direcciones en tierras habitadas por gentes de estirpe vasca a ambos lados del Pirineo. La riqueza de los romances hablados en el pasado y presente por los vascos supone también un importante patrimonio lingüístico. Una óptica nacional y rigurosa con la historia y realidad cultural de nuestro pueblo nos tiene que llevar al firme convencimiento de que no es más vasca una jota por cantarse en euskara, ni es más vasca Lizarra que Estella, Garazi que San Juan. Aunque de otros orígenes, el francés, el portugués y el inglés son, asimismo, lenguas maternas de muchos miles de vascos. Estos planteamientos no impiden el prioritario proceso político y cultural de recuperación del vascuence (euskara), nuestra primera lengua nacional.

Finalmente, es crucial insistir en que la imagen rústica y arcaizante de los vascos oculta además a un pueblo dotado de una notable y temprana capacidad de organización política, -en mi opinión, factor clave de su supervivencia hasta nuestros días y no la falsa idea de su aislamiento-, creador de un sistema jurídico propio -el Derecho pirenaico- y de un estado europeo moderno llamado Navarra, que podría calificarse de aperturista y democrático para su época. La trayectoria de Navarra ha sido sucesiva y violentamente truncada por la fuerza de las armas. El proceso continúa. Este es y no otro el origen del llamado "Conflicto vasco". En este

sentido, sólo la recuperación de la estatalidad navarra puede constituir, en un mundo progresivamente sumiso y globalizado, una mínima garantía para nuestra supervivencia y aportación futura al entramado cultural universal. La otra opción es engrosar pronto la larga lista de las culturas fósiles. Es urgente realizar un profundo debate sobre nuestra cultura, con la mirada puesta en el futuro y con el trabajo y conocimiento suficientes para que un día, en la tierra a la que pertenecemos, todo pueda ser vasco.